



Capítulo 504: Una madre muy nerviosa

Todo parecía haberse quedado en silencio, como si incluso las dunas se hubieran detenido a presenciar lo que vendría después.

Rafaelina agarró a Ada más fuerte a su pecho, como para protegerla no sólo de la criatura, sino del mundo mismo. El corazón de su hija todavía latía con fuerza, jadeaba y la sangre se filtraba de las heridas abiertas. La colocó cuidadosamente en el suelo, arrodillada ante ella.

Los ojos de Rafaeline, rojos y brillantes, cayeron sobre las piernas de Ada. Lágrimas, moretones, carne desgarrada. Su madre suspiró y colocó su mano sobre las heridas.

La sangre se movía bajo la piel de la joven, respondiendo a la orden de su amo absoluto. Venas alineadas, músculos cerrados, huesos vibrados en armonía. En cuestión de segundos, lo que parecía irreparable estaba siendo reensamblado. No se trataba sólo de curación: era un dominio total sobre la vida que palpitaba a través del cuerpo de su hija.

Ada jadeó, sintiendo que el dolor se disipaba como humo. Sus ojos dorados se abrieron, pero antes de que pudiera hablar, la mano de Rafaeline se deslizó dentro de su cabello. Con un gesto delicado, acarició la cabeza de su hija, como si allí no existiera nada más que ellos dos.

"Aún no puedes luchar mientras mantienes esa técnica activada..." dijo con la voz llena de ternura y firmeza. Una leve sonrisa curvó sus labios. "No te esfuerces demasiado en impresionar a un hombre."





Ada se sonrojó furiosamente y abrió la boca en señal de protesta, pero antes de que pudieran salir las palabras, Rafaeline se inclinó y le besó la frente.

"Eres suficiente, hija mía. Siempre lo será."

Ada tembló. Por un instante, lo único que quedó fue la calidez del gesto.

Pero entonces, el rugido monstruoso dividió el cielo. La tortuga, enfurecida por haber sido ignorada, preparó otro ataque.

Rafaelina se levantó lentamente.

Ella ni siquiera miró a la criatura. Ella simplemente suspiró, como si estuviera aburrida. Pero sus palabras cayeron como una frase:

"Aunque aprecio el momento que me diste... te borraré de la peor manera posible por tocar a mi bebé."



Un segundo. Eso fue todo lo que hizo falta.

La forma de Rafaelina desapareció, como si el aire se la hubiera tragado. Al instante siguiente, ella estaba parada frente a la criatura. Su puño, delicado y delgado, chocó con la armadura de la tortuga.

El impacto fue devastador.

El sonido explotó como un trueno. La criatura fue arrojada a kilómetros de distancia y su inmenso cuerpo esparció la arena como un meteorito. Las dunas quedaron aplastadas y las rocas destrozadas. En el desierto se talló un surco colosal, como si un dios hubiera arrastrado su mano por la tierra.



Ada, todavía acostada, abrió los ojos. Ella nunca había visto a su madre pelear realmente. Esto no era sólo poder. Fue algo que trascendió la comprensión.

Rafaelina permaneció de pie, inmóvil, pero todo su cuerpo tembló de furia reprimida. Sus ojos ardían de un rojo puro, llamas de sangre bailando a su alrededor.

"Te atreviste a tocar a mi hija..." murmuró, las palabras cargadas de veneno. "Destruiré cada gramo de tu ser."

La tortuga se levantó a lo lejos, rugiendo desafiante. Sus patas se clavaron en la tierra y más espinas emergieron de su armadura, apuntando hacia el cielo como lanzas. Un brillo negro comenzó a formarse nuevamente en su boca.

Rafaeline chasqueó los dedos.

La sangre que aún manchaba el desierto —la de Ada, de batallas anteriores, incluso de los cadáveres esparcidos a lo largo de la guerra— respondió de inmediato. Las venas carmesí se elevaban como serpientes, convergiendo hacia ella. En cuestión de segundos, el aire estaba pesado y saturado. El olor a hierro impregnaba el aire.

La madre abrió los brazos.

La sangre tomó forma. Espadas, lanzas, cadenas, látigos—cada arma concebida por la mente del soberano de carmesí flotaba a su alrededor. La tormenta pulsó, viva, alimentada por la rabia.

La tortuga disparó su rayo negro.





Rafaelina avanzó.

Los arroyos de sangre se entrelazaron formando un escudo viviente. El impacto del rayo fue colosal, pero el escudo lo absorbió todo, desviando la energía en arcos que explotaron en el cielo. El destello iluminó la noche como si fuera día.

En medio de la luz emergió Rafaelina.

Sus pies tocaron la armadura de la criatura. Las armas carmesí cayeron como la lluvia, perforando las espinas negras y destrozándolas. Cada impacto arrancó fragmentos que explotaron por todos lados.

La madre se rió. No con alegría, sino con puro desprecio.

"¿Eso es todo? Te atreviste a lastimar a mi hija... ¿y me presentas esto como resistencia?"

Su puño descendió de nuevo.

La armadura, indestructible para Ada, se agrietó bajo el impacto. Los gritos agonizantes resonaron en la criatura.

Rafaelina no se detuvo.

La sangre que brotaba de las grietas quedó bajo su control y se convirtió en espadas afiladas dentro de la carne misma del monstruo. Era como si su cuerpo fuera una prisión rebelde que se volvía contra sí misma.





La tortuga luchó, aullando, pero Rafaeline sólo aumentó la presión.

"Siente el dolor," su voz resonó, baja, firme. "El dolor que te atreviste a traerle a mi hija."

Extendió la mano y la sangre comenzó a contraerse. El monstruo gritó y su pata delantera explotó en una masa carmesí, arrancada por la fuerza.

Ada observó, incapaz de apartar la mirada. Había algo divino y aterrador en ello. Su madre no sólo estaba peleando. Ella estaba castigando.

Rafaeline agarró otra sección de la armadura y, con un simple giro de su muñeca, arrancó platos enteros, dejando al descubierto carne cruda.

La sangre hervía y se convertía en púas afiladas que perforaban el cuerpo del monstruo desde dentro. Cada uno de sus movimientos estuvo acompañado de explosiones carmesí. Cada gesto, una mutilación.



La tortuga intentó contraatacar, disparando más proyectiles de cristal, pero Rafaeline simplemente levantó la mano y las lanzas se volvieron contra su dueño, invertidas en el aire, perforando los ojos de la criatura.

El rugido del dolor era ensordecedor.

"Llora," murmuró Rafaeline, con los ojos brillantes. "Llorar. Porque no hay infierno peor que el que te mostraré."

Todo el desierto parecía temblar bajo su ira. Las dunas se levantaron y se desmoronaron. Las nubes de arriba se tiñeron de rojo, como si el cielo respondiera a la masacre.



Rafaelina levantó ambas manos y de cada cadáver en el campo de batalla, de cada gota olvidada en la arena, se invocó sangre. Se formó un océano carmesí que giraba a su alrededor.

Con un movimiento repentino, hizo que el mar se estrellara contra la tortuga.

El monstruo fue tragado.

Dentro del océano de sangre, aparecieron púas desde todas direcciones, perforando, desgarrando y aplastando. Cada impacto estuvo acompañado de un rugido apagado. La armadura se agrietó, las púas se rompieron.

Y Rafaelina simplemente observó, erguida, despiadada.

"Te atreviste..." repitió, con su voz resonando en todo el campo de batalla.
"Para tocar a mi bebé."



Con un gesto final, cerró la mano en un puño.

El océano se comprimió en una inmensa esfera, atrapando a la tortuga en su interior. Los gritos fueron apagados. La sangre hervía, aplastándose y desgarrándose al mismo tiempo.

Cuando la esfera se hizo añicos, el monstruo volvió a caer al suelo. Su cuerpo era una masa de carne destrozada, su armadura hecha jirones y la sangre fluyendo en los ríos.

Todavía respiraba, pero apenas. El desierto estaba en silencio, interrumpido únicamente por el jadeo de la criatura.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Rafaelina lo miró como si contemplara un insecto.

Su cuerpo todavía temblaba de furia. Su mirada no tenía piedad, sólo promesa.

"Esto es sólo el comienzo", dijo con la voz helada. "Aún no he terminado contigo."

